

en calles; tal plaza, tal vía magistral llevaba aún el nombre de los árboles que allí existieron en otro tiempo; recordaban sus juegos alrededor de las fuentes, donde se miraban á la sazón las estatuas de las ninfas; allá arriba, sobre la roca protectora, se erigía el templo donde se veneraba la efigie del dios invocado en los peligros públicos, y detrás de aquellos muros se refugiaban los niños y las mujeres cuando el enemigo, demasiado numeroso, invadía la llanura. En parte alguna, si no es en los clanes de las tribus primitivas, se produjo el patriotismo con semejante intensidad, confundiendo la vida y el bienestar de cada uno con el bienestar de todos. El conjunto político del cuerpo social era tan sencillo, tan unificado y bien determinado como el del individuo mismo. En este sentido ha de considerarse con Aristóteles ζῷον πολιτικόν, «el animal urbano», el participante en la ciudad orgánica¹, y no solamente el «animal político» como se traduce ordinariamente, como el hombre por excelencia, ¿no es sobre todo este hombre en la historia el Ateniense?

La vida de una ciudad, con todos sus elementos diversamente entremezclados, es ciertamente una evolución hartamente compleja para que en su conjunto y desde su origen á su fin pueda representar un principio, una idea, en su pureza simbólica: Atenas tuvo también sus períodos críticos, durante los cuales pudo ser asimilada á la cruel Esparta; tuvo sus familias nobles que intentaron monopolizar en su provecho todas las fuerzas de la nación; tuvo sus guerras feroces que gravitan pesadamente sobre su memoria; no le faltaron crueles legisladores, representantes de déspotas, á quienes el peligro de ser derribados hacía despiadados. Así, en la lontananza de la historia semilegendaria, hace más de veinticinco siglos, aparece el arconte Dracón, cuyo nombre simboliza todavía en nuestros días las leyes feroces promulgadas por los poderes asustados: este jefe del partido de los «mejores» sólo dictaba para todos los crímenes y delitos, la muerte; eso es debido á que en un estado de equilibrio inestable, el menor accidente puede traer consecuencias decisivas².

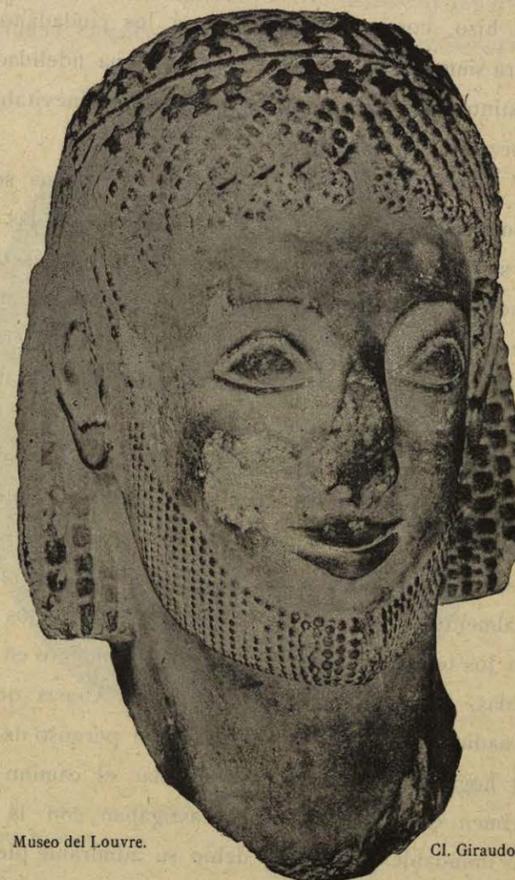
Pero esa legislación «draconiana» no podía durar en el conflicto de los elementos en lucha, y la que le sucedió, mucho más humana,

¹ Ibn-Khaldoun, *Prolegómenos*; citada por Ernest Nys, *Société nouvelle*, julio 1896, p. 123.

² L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, p. 185.

hubo de tener en cuenta las condiciones del medio y procurar el establecimiento de relaciones equitativas entre las clases: á ella se une el nombre de Solón, personaje que se cree haber vivido realmente, pero que ha

de considerarse especialmente como el intérprete del pueblo ateniense y de la civilización helénica en su conjunto. La primera reforma de interés capital consistió en sustraer el pobre á la esclavitud de que estaba amenazado por el rico. El préstamo cesó de hipotecarse sobre la libertad del prestatario, y éste no corrió ya el riesgo de ser alejado de su familia, vendido quizá en los mercados extranjeros, condenado á vivir entre bárbaros y á no oír más el lenguaje materno. El ciudadano de Atenas,



Museo del Louvre.

Cl. Giraudon.

CABEZA ARCAICA (SIGLO VI A. J. C.)

por pobre que fuese, adquirió derechos inalienables; hasta el eupátrida, el descendiente de los dioses, hubo de respetar al proletario y tuvo necesidad de pedirle en votación pública la confirmación de sus poderes y prerrogativas. Verdad es que la misma existencia de clases desiguales en la república había de causar luchas intestinas; por esto era necesario hallar un derivativo á la vindicta popular, y se le buscó en la actividad comercial. La posteridad, que suele poner bajo un solo nombre propias largas evoluciones en las cuales parti-

cipa todo un pueblo, atribuye á Solón la apertura de esos caminos del mar que convergen hacia Atenas y la toma de posesión de Salamina, isla que domina al Pireo. Un rasgo de la leyenda opone muy ingeniosamente el legislador de Atenas al de Esparta. El primero no hizo, como Licurgo, jurar á los ciudadanos observar sus leyes para siempre; no les pidió más que una fidelidad de diez años. Ya el instinto popular preveía los cambios inevitables que aportaría el porvenir.

En el conjunto de su desarrollo, Atenas se mostró ante todo comerciante y pacífica. Guerreó poco con las ciudades sus vecinas y sólo tuvo que rechazar algunas incursiones de piratas, á causa de que las Cíclades le forman al Este un doble muro protector. Lejos de promulgar leyes contra el extranjero y declararle enemigo de nacimiento, como lo hacía Esparta, Atenas acogía al desterrado; de todas partes acudían fugitivos demandándole asilo, y entre esos huéspedes, los más queridos, aquellos cuya descendencia dió más hombres ilustres al Atica, fueron precisamente los Mesenios y otros Griegos del Peloponeso, cuyos hermanos habían sido reducidos á esclavitud por los Espartanos. Un euxeno, el «guía de los extranjeros», estaba especialmente encargado por la ciudad de acogerlos bien, de introducirlos en los templos y facilitarles el establecimiento en la tierra que protegía Palas. Era una ley de opinión en Atenas que «no debía negarse á nadie el uso del agua viva, ni el permiso de encender su fuego en el hogar del vecino». No enseñar el camino al extraviado era un crimen que los Atenienses castigaban con la execración pública¹. Es indudable que Atenas debió su admirable pléyade de grandes hombres por el pensamiento y por la acción á la buena acogida hecha á los desterrados extranjeros. En la enumeración de los Atenienses ilustres se halla la existencia de muchos descendientes de desterrados, entre ellos el mismo Solón el legislador, Pericles, Milciades, Tucídides y Platón². Del mismo modo, en proporción mucho más numerosa, más de veinte siglos después, los emigrados protestantes de Francia y de Italia dieron un alma á la pequeña é insignificante ciudad de Ginebra, para convertirla en ciudadela contra Roma, y así también,

¹ F. Laurent, *Histoire de l'Humanité*.

² Dally, *De la Sélection ethnique*, «Revue d'Anthropologie».

después los filósofos perseguidos hallaron un asilo en la minúscula república de las Provincias Unidas y contribuyeron á animarla con esa virilidad que le permitió neutralizar la potencia del «Gran Rey». ¿No se debe en gran parte el vuelo de Berlín á la actividad inteligente que en aquella ciudad desplegaron los inmigrados hugonotes?

Gracias á esas prácticas de buena acogida hacia los extranjeros, Atenas se halló fácilmente en relaciones seguidas de amistad con muchas ciudades helénicas, diferentes por la raza, el dialecto y las tradiciones; esas alianzas se aumentaron naturalmente con los lazos que le unían á todas sus «hijas», las colonias esparcidas sobre las riberas del mar Egeo y las costas más lejanas:



C. Giraudon.
CAMAPEO GRIEGO, CABEZA DE PALAS ATENEA
Biblioteca Nacional.

eran otras tantas Atenas confederadas á la madre patria por el origen, la lengua, los oráculos y los dioses. Los Espartanos, por el contrario, no solían buscar aliados, sino súbditos ó mercenarios, y hasta cuando en sus invasiones iban acompañados por otros Dorios pertenecientes al mismo tronco originario, no los guiaban á las batallas como hermanos, sino como jefes.

Estudiadas en su conjunto, las dos ciudades contrastaban, pues, menos por las condiciones geográficas del medio, que por el ambiente artificial creado á una de las dos comunidades. Esparta era una ciudad de guerra y no podía llegar á ser otra cosa; Atenas se había

desarrollado sobre todo en una ciudad de paz, de industria, de comercio, de ciencia y de arte. Hasta las instituciones que, en los dos Estados llevaban el mismo nombre, diferían de una manera esencial. En el Atica la esclavitud no era lo que en Laconia, aunque implicaba igualmente esta cosa atroz, la posesión de un hombre por otro hombre. Las gentes del campo de origen griego eran realmente simples colonos, cuya vida difería poco de la que llevaban antes la mayor parte de los campesinos franceses. Los esclavos de la casa, en su mayoría procedentes de Tracia ó del Asia Menor, comprados á los navegantes, estaban más esclavizados, primero á causa del contacto inmediato con sus amos, después en virtud de su origen extranjero; sin embargo, la historia de Atenas nos muestra que eran muy libres en palabras y que frecuentemente se regían al igual de los ciudadanos, muy diferentes de aquellos desgraciados Ilotas, que se envilecían por orden sirviendo de juguetes á los niños brutales de la raza noble. En cuanto á los esclavos pertenecientes á la ciudad de Atenas, eran verdaderos funcionarios, que gozaban de privilegios materiales que hubieran podido envidiarles los ciudadanos pobres. Por último, muchos esclavos atenienses se rescataban por su trabajo ó recibían la libertad como presente de sus amos; á veces, especialmente en las batallas, cuando habían merecido la admiración de todos, entraban directamente en el rango de ciudadanos. La forma ordinaria de la emancipación de un esclavo consistía en dedicarle á un dios; desde entonces se convertía en sagrado, libre por consecuencia. Como lo hace notar Laurent en su *Historia de la Humanidad*, el helenismo, á este respecto, es muy superior al cristianismo. Los siervos dedicados á la Iglesia, no por eso dejaban de ser esclavos, y sabido es que en Francia los últimos emancipados fueron los prisioneros de la gleba pertenecientes á los monjes de San Claudio.

La historia escrita comenzó para Grecia cuando se había ya constituido ese antagonismo de las dos Grecias, aristocrática y democrática, representadas una por Esparta, otra por Atenas. Un primer personaje, bien identificado y fijado en su cuadro histórico, Fidón, aparece en Argólida y acuña monedas con su efigie para el comercio con el Asia Menor y Fenicia; se cree poder reconocer aún sobre medallas

primitivas de Grecia una imagen copiada de la Astarté tiria, que recordaría la época de Fidón, de veintiséis á veintisiete siglos antes que nosotros¹. Después, en Atenas, vemos en pleno relieve el «tirano» Pisistrato que, gracias á las disensiones de las grandes familias y no sin ayuda de mercenarios extranjeros, logró apoderarse del gobierno y procuró en seguida, siguiendo la constante política de los dueños inteligentes y perversos, desviar las pasiones del pueblo hacia un objeto diferente de la libertad.

Pisistrato puede decirse que fué el verdadero fundador del «panhelenismo»: desviando las ambiciones de los Atenienses, les inclinó á luchar por la constitución de una Grecia grande, en vez de pensar en su propia independencia. Fué el primero que hizo recoger los textos conocidos de los cantos homéricos y coleccionarlos en un todo que llegó á ser la *Iliada*, el más precioso de los libros grie-



Cl. Giraudon.
MONEDAS GRIEGAS
Biblioteca Nacional.

gos, y dió á los Griegos de todos los orígenes y de todos los dialectos la conciencia de su unidad de civilización frente al Asia persa. Uniendo el ejemplo al precepto, asimiló muy estrechamente al gobierno de Atenas la isla de Delos, el gran lugar de peregrinación de los insulares del mar Egeo; hasta llegó á tomar pie sobre la tierra de Asia en el cabo Sigeo (Kum-Kalessi ó Ienicheri), á la puerta del Helesponto, y se apoderó del suelo sagrado que recogió las cenizas de Patroclo y de Aquiles. Aquello fué como un desafío directo al «Rey de los Reyes», quien no debía tardar en responder. Otro aconteci-

¹ L. von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, 1, p. 171.

miento gravísimo: Pisistrato desvió la mente de los Atenienses hacia la furiosa adquisición de las riquezas, apoderándose de las minas de Tracia, muy productivas en oro y en plata.

Llegados á la plena conciencia de su valor, los Helenos se encontraron, pues, frente á frente de los Asiates. Impulsados por la fuerza de las cosas, por la necesidad de proteger su comercio, su industria, sus minas, sus posesiones y sus aliados, sin la menor duda sobre la superioridad de su raza, los Griegos, y especialmente los Atenienses, se prepararon en previsión del conflicto, y realmente fueron ellos quienes dieron los primeros golpes. Atenas se apoderó á viva fuerza de las islas de Lemnos y de Imbrós, situadas en los mares de Asia y que el rey de los Persas y de los Medas consideraba como pertenecientes á su imperio¹.

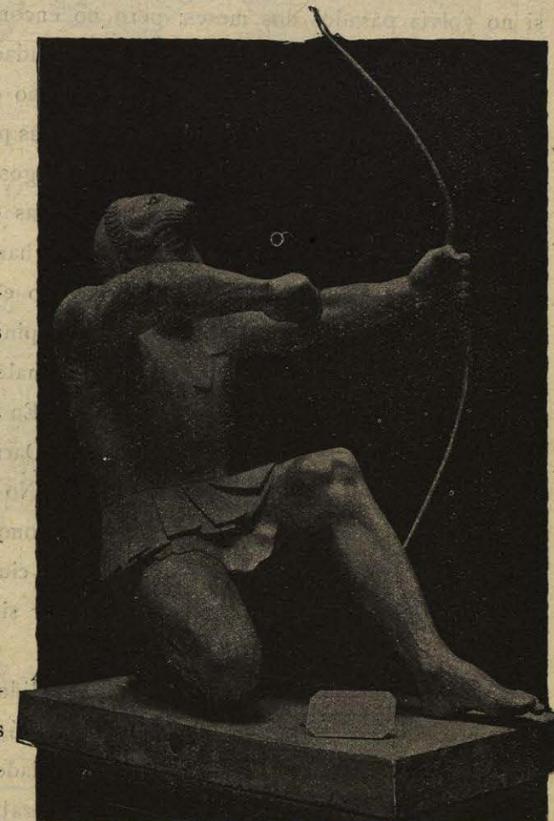
Por otra parte, la acción helénica se hacía sentir de una manera indirecta, aunque muy viva, por la influencia de civilización ejercida en todas las comarcas circunvecinas. Tracia y Macedonia, países de donde vinieron los abuelos, y cuyo retroceso causado por las invasiones dóricas había sumergido nuevamente en la barbarie, volvían gradualmente al mundo griego. El imperio de Lidia también se había semihelenizado, y Creso, el más famoso de sus reyes, fué precisamente el tributario más devoto de Delfos, cuyos enigmáticos oráculos pagó con prodigiosos tesoros. Por último, Egipto acogió Griegos, Dorios, Eolios y Jonios, todos juntos, dándoles ciudades donde se fundaban templos consagrados á los dioses y á las artes de la patria; además Grecia conquistó la isla de Chipre, de donde alejó los mercaderes fenicios para atraer en su lugar los marinos y los tratantes helenos. Gracias a esas factorías y a esas colonias, toda la cuenca del Mediterráneo tendía á convertirse rápidamente en una «grandísima» Grecia, que abarcara todas las demás, la de la Hélade propiamente dicha, y la «Grande», la Italia meridional.

El movimiento de reflujo contra el helenismo se produjo también indirectamente del lado de Persia: antes de dirigirse al foco mismo de la civilización griega, se trataba de desembarazar las inmediaciones, de cercarla gradualmente; se podía intentar sofocarla antes de pro-

G. Grote, *History of Greece*, t. IV, p. 37.

ceder á su exterminio, y es curioso observar con qué continuidad persistieron los representantes sucesivos de la autocracia absoluta en su política respecto de la nación libre, y también cuánto ayudó á los reyes Asiates en su tentativa, la división de los Griegos en clases hostiles.

Ya Ciro se había apoderado de Sardes, rechazando á los Griegos al litoral y á las islas. Su hijo Cambises penetró en Egipto y hasta en la Cirenaica, arruinó las factorías de los Griegos y les arrebató la fructuosa explotación de Chipre. Los ejércitos de Darío franquearon en seguida el Bósforo y se establecieron sólidamente en Macedonia y en Tracia, y fueron manos griegas las que facilitaron esta invasión, construyendo el puente de barcas sobre el



Cl. Giraudon.
ARQUERO, FRONTÓN DEL TEMPLO DE EGINA, HACIA
EL AÑO 470 ANTES DE J. C.
Munich.

cual pasaron las multitudes conducidas por el rey de los Persas. Los mismos aliados helenos le ayudaron á pasar el Danubio y á penetrar en las llanuras de Escitia, donde se prometía castigar las hordas nómadas que, un poco más de cien años antes, habían assolado la Media. Quizá el «Rey de los Reyes» había concebido el gigantesco proyecto de atravesar todo el país de los Escitas y de volver á sus reinos siguiendo el litoral del Ponto Euxino, ó bien haciendo el gran rodeo por el norte del Cáucaso, á